

Bustos de cuatro EDUCADORES

por Armando Maribona

El actual Gobierno de Cuba se ha honrado al honrar a cuatro educadores que fueron los pioneros del movimiento pedagógico de este país y organizadores de la enseñanza pública.

Si bien es cierto que fué hace alrededor de quince años cuando se inició una colecta entre el magisterio para esa noble finalidad, nadie puede dudar que ha sido ahora, después que en ese lapso los cuarenta mil pesos recaudados sufrieron gran merma, y a pesar de ello, que el Senador Ramón Vasconcelos, Ministro de Educación, logró llevar a la práctica el viejo y olvidado empeño.

En quince años royeron aquella cifra algunos Secretarios de I. P. y B. A. sin que ellos, ni los que respetaban ese renglón en los sucesivos estados de cuentas, se decidieran a acometer la empresa, desaprovechando así la oportunidad de obtener la gloria que ahora Vasconcelos gana para sí y para el Gobierno del Presidente Batista.

La inactividad y la abulia por una parte, y el desconocimiento de la trascendencia de las artes por otra, han sido el motivo de que en Cuba muchas hermosas ideas no hayan recibido calor, apoyo, determinación de plasmarlas en realidad. De ahí que contemos con muchas cosas de menor importancia y se hayan realizado otras de carácter transitorio, motivo de momentánea publicidad, de las que no queda ni el recuerdo.

Los cuatro bustos que aumentan la serie anteriormente comenzada en el paseo paralelo a la Avenida del Puerto, son de bronce, «materia definitiva», como lo clasifican los escultores, sobre pedestales de piedra. Pasarán los años y las sucesivas generaciones tendrán motivo para recordar a Eduardo Yero Buduén, primer Secretario de Instrucción Pública de nuestra era republicana, que siendo estudiante de Segunda Enseñanza, se unió a Carlos Manuel de Céspedes para luchar por la libertad de Cuba; a Esteban Borrero y Echevarría, que iniciara a los ocho años de edad su carrera de educador auxiliando a su madre en el aula, y que en 1870 enseñaba en la manigua a adoles-

centes analfabetos, y que más tarde, colaboró con las autoridades de la ocupación estadounidense en la organización de nuestra enseñanza primaria; a Alexis E. Frye, eficiente inspirador de la enseñanza popular en Cuba durante esa intervención, y a su compatriota Mathew E. Hanna, cuyo espíritu de disciplina militar fué causa de que se implantaran medidas y reglamentaciones beneficiosas para los maestros públicos y de coordinación de la enseñanza.

Al acto de develamiento de los cuatro bustos, celebrado hace días, acudió poca cantidad de público porque no se trataba de un mitin político, de un juego de pelota, de una comparsa carnavalera o de una manifestación para protestar contra algo o contra alguien —no importa qué— los cuatro motivos de enardecimiento y entusiasmos populares espontáneos.

Se trataba nada más ¡y nada menos! que de rendir tributo en forma plástica, a través del arte de cuatro de nuestros más destacados escultores, a otros tantos hombres de quienes nadie puede esperar ya favores o recomendaciones, pero que contribuyeron notable y decisivamente a poner los cimientos de la cultura en Cuba.

Se trataba también —y a esto no se le ha dado publicidad—, de cuatro obras de arte que se deben a la decisión del Ministro Vasconcelos, en primer lugar, y al espíritu de cooperación de sus autores, pues el costo total de las mismas no llega a cinco mil pesos. Son bustos fundidos en bronce, de tamaño mayor que el natural, con sus correspondientes pedestales en piedra, más los trabajos de albañilería, instalación, etc. Con esto queda aclarado que no hubo utilidad económica para nadie, pues el metal está carísimo y el delicado proceso de la fundición tiene su costo lógico. Los artistas, siempre generosos y desinteresados, respondieron al llamamiento del periodista Vasconcelos sin titubeos, porque conocen su predilección por la Pintura y la Escultura y lo consideran un verdadero entendido en esas materias. «Las cosas se toman según de quien vienen», opinan los artistas, y un

a

2

237

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

encargo de vasconcelos, aun cuando no signifique más que cubrir gastos, es siempre un honor.

Y como Vasconcelos les diera libertad interpretativa, Ramos Blanco y Boada ejecutaron respectivamente a Frye y a Yero con tendencia documental, Casa-grán dió a Borrero sentido heroico, y Gelabert subrayó en la testa de Hanna rasgos que acusan su energía y su firmeza.

Los anónimos maestros cubanos que contribuyeron con su óbolo a la glorificación de los precursores del movimiento pedagógico y organizadores de la enseñanza pública en nuestro país, deben sentirse satisfechos. No importa que se hayan evaporado muchos miles de los pesos producto de la cuestación en manos de funcionarios sin escrúpulos, si también el pueblo de Cuba produce hombres como el actual Ministro de Educación y tantos artistas que saben vivir con dignidad su pobreza y están siempre, dispuestos a prestar a la patria un valioso servicio con desinterés ejemplar.



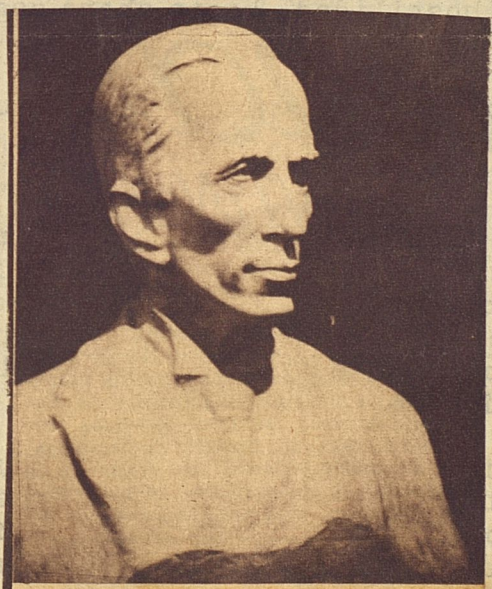
Mathew E. Hanna, por Federico Gelabert.



Alexis E. Frye, por Teodoro Ramos Blanco



Esteban Borrero Echevarría, por Jesús Cosagrán.



Eduardo de Yero Buduen, por Fernando Boada.

J.M. Carr 3/42

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA